



La historia del pequeño Dombey

Charles Dickens

Todos debemos ser destetados. Cuando pasó esa época en la vida del pequeño Dombey, empezó a dar la impresión de que no había vigilancia o cuidados suficientes para convertirlo en un muchacho robusto. La carrera de obstáculos hacia la edad viril le resultó muy difícil. Cada diente fue una valla en la que romperse el cuello y cada grano en el sarampión una pared de piedra. Se contagió de cada epidemia de tosferina. En vez de un afta se le coló un ave de presa en la garganta; y hasta los pollos se volvieron feroces —si es que tienen algo que ver con esa enfermedad infantil a la que prestan su nombre (*al menos en inglés*), la viruela— y le afectaron como si fuesen tigres.

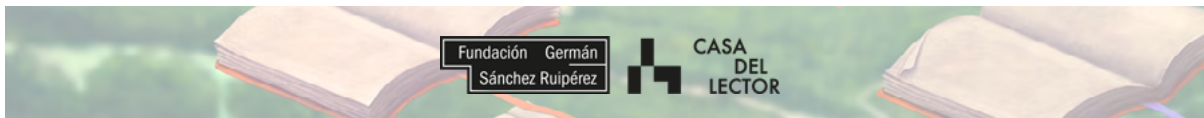
Creció hasta tener casi cinco años. Un muchachito muy guapo; aunque con un no sé qué de pálido y triste en la carita, que hacía que su niñera moviera a menudo la cabeza con elocuencia. Decía de él que era demasiado anticuado.

En ocasiones era infantil y juguetón, pero otras veces tenía un modo extraño, raro y pensativo de sentarse en su sillón en miniatura, y parecía (y hablaba) como uno de esos temibles hombrecillos de los cuentos de hadas, que a los ciento cincuenta o doscientos años representan a los niños a los que han reemplazado en la cuna. Nunca se sumía en ese estado como cuando llevaban su sillón al cuarto de su padre, y se sentaba allí con él después de la cena, junto al fuego.

En una de estas ocasiones en que los dos llevaban un buen rato en silencio y el señor Dombey solo sabía que el niño estaba despierto mirándolo de vez en cuando a los ojos, donde el fuego centelleaba como una joya, el pequeño Paul rompió el silencio diciendo:

—¡Papá!, ¿qué es el dinero?

El señor Dombey se vio en un aprieto, pues le habría gustado darle una explicación utilizando las expresiones “medio circulante”, “divisa”, “depreciación de la divisa”,



“papel”, “metales preciosos”, “tasas de cambio”, “valor de los metales preciosos en el mercado” y demás; pero, al mirar hacia el silloncito y ver lo abajo que estaba, respondió:

—El oro, la plata y el cobre. Las guineas, los chelines, los medios peniques. ¿Sabes lo que son?

—¡Oh, sí! Lo sé. No quería decir eso, papá; me refería a qué es el dinero, a fin de cuentas.

—¿Qué es el dinero a fin de cuentas!

—Sí, papá, ¿qué puede hacer?

—Ya lo irás sabiendo, hombrecito. El dinero, Paul, puede hacer cualquier cosa.

—No es cruel, ¿verdad?

—No, una cosa buena no puede ser cruel.

—Si tú eres rico, si el dinero puede hacer cualquier cosa y no es cruel, no sé por qué no salvó a mi mamá. Tampoco puede hacerme más fuerte. A veces estoy muy cansado ¡y los huesos me duelen tanto que no sé qué hacer!

Al señor Dombey lo intranquilizó este niño tan raro y, como consecuencia de esta intranquilidad, decidió enviarlo, acompañado de su hermana Florence y de una niñera, a un internado en Brighton con una tal señora Pipchin, una anciana que había adquirido una inmensa reputación por “cómo manejaba a los niños”, y cuyo secreto era darles todo lo que no les gustaba y nada de lo que les gustaba.

La señora Pipchin también había cimentado su fama en ser la viuda de un marido al que se le había partido el corazón extrayendo agua de unas minas en Perú. Esto fue una gran recomendación para el señor Dombey, pues sonaba a dinero. Se le partió el corazón por las minas del Perú, meditaba el señor Dombey. ¡Bueno!, era un modo muy respetable de morir.

Esta famosa señora Pipchin era una extraordinaria, poco agraciada y malhumorada anciana con manchas en la cara como un mármol de mala calidad, la nariz ganchuda y unos ojos duros y grises que parecían haber sido martillados en un yunque. Habían pasado al menos cuarenta años desde que las minas peruanas causaran la muerte al señor Pipchin, pero su viuda todavía llevaba el bombasí negro. Y era una vieja tan amargada que uno tenía la tentación de pensar que había habido algún error en la aplicación de la maquinaria peruana y había extraído de ella todas las aguas de la alegría y la leche de la bondad humana, en lugar de extraerla de las minas.

El castillo de aquel ogro estaba en un empinado callejón de Brighton; el jardincillo de delante de la casa tenía la inexplicable propiedad de producir solo caléndulas, se plantara lo que se plantara en él; y siempre había caracoles aferrados a la puerta de la calle, y

a otros lugares públicos que no debían adornar, con la tenacidad de una ventosa. Había otros dos internos de la casa cuando llegó el pequeño Dombey (a quien bautizó así la señora Pipchin). Eran el señorito Bitherstone, de la India, y una tal señorita Pankey. El señorito Bitherstone se oponía de tal modo al método pipchiniano que, cuando el pequeño Dombey no llevaba aún cinco minutos en la casa, le preguntó en privado si tenía idea de cuál era el camino de vuelta a Bengala. Por su parte, la señora Pankey no pudo hacerle ninguna observación, pues estaba castigada en su cuarto por haber cometido la ofensa de sorberse las narices tres veces en presencia de unas visitas. A la una en punto se sirvió la comida y el ogro en persona fue a sacar a esta joven personita (una niña dulce de ojos azules, a quien enjabonaban cada mañana y que parecía en peligro de desaparecer a fuerza de tanto frotarla) de su cautiverio y le informó de que nadie que se sorbiera las narices delante de las visitas había ido jamás al cielo. Después de que le comunicaran esa gran verdad, le obsequiaron con arroz, mientras todos los demás comían cerdo frío, menos la señora Pipchin, cuya constitución requería alimentos calientes y que comió costillas de cordero que olían muy bien. También, a la hora del té, la constitución de la buena señora exigía tostadas calientes, mientras los demás comían pan frío con mantequilla.

Cada mañana, después del desayuno, el señorito Bitherstone leía a los demás un árbol genealógico del Génesis (juiciosamente seleccionado por la señora Pipchin), y pronunciaba los nombres con la claridad y la facilidad de un joven caballero condenado a trabajos forzados. Hecho lo cual, se llevaban a la señora Pankey para enjabonarla; y al señorito Bitherstone para hacerle no sé qué cosa con agua salada que siempre lo dejaba muy azulado y desanimado. Después venían las clases. Como el método de la señora Pipchin consistía no en favorecer que la imaginación del niño se abriese como una flor, sino en abrirla a la fuerza como una ostra, la moraleja de todas sus lecciones era de naturaleza violenta y abrumadora; y el protagonista —siempre un niño travieso— rara vez moría a manos de algo menos poderoso que un león o un oso. ¡Y eso en el mejor de los casos!